



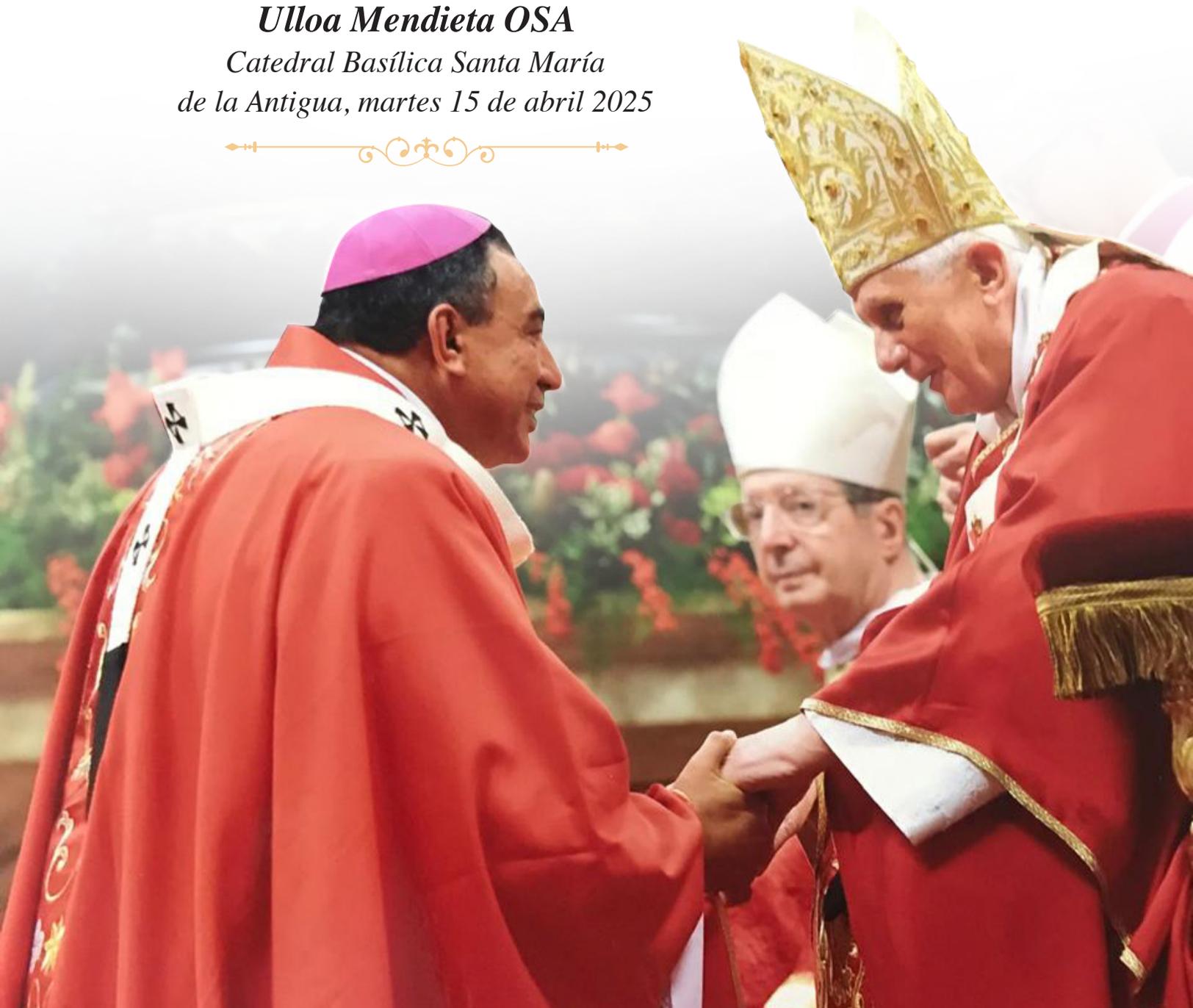
Homilía Misa Crismal

Sacerdotes Peregrinos de Esperanza

Mons. José Domingo

Ulloa Mendieta OSA

*Catedral Basílica Santa María
de la Antigua, martes 15 de abril 2025*



Queridos hermanos sacerdotes:

Para este su servidor y Obispo, es motivo de mucha alegría presidir con mi presbiterio por decimoquinta vez esta solemne Misa Crismal en nuestra Catedral Basílica Santa María de la Antigua en este tiempo de gracia, como es el año Jubilar “*Peregrinos de esperanza*”. donde nos congregamos como Iglesia Particular de esta amada Arquidiócesis de Panamá.

En este santo lugar me sorprende la belleza que nos da la Liturgia, uniendo la Asamblea que expresa una Iglesia viva, que canta, que celebra, que proclama la Palabra y que escucha lo que el Espíritu nos dice. Se respira un aire de bendición, de paz y de esperanza y también un aroma sacerdotal que, las lecturas como el Salmo, nos hablan de los “*Ungidos*”; el siervo de Yahvé de Isaías, David y Jesús, nuestro Señor. Los tres tienen en común que la unción que reciben es para ungir al pueblo fiel de Dios al que sirven; su unción es para los pobres, para los cautivos, para los oprimidos, para los migrantes, la gente de la calle, para tantos enfermos de alma y cuerpo.

Lo que me implica como Obispo de esta Iglesia Particular, contemplar primero el rebaño que Dios convoca en la gracia fecunda del Bautismo. Y en torno al Altar comprometernos en Alianza de vivir el mandato que nos ha entregado nuestro Maestro en su última Cena y hoy la celebramos como Memorial. “*Amaos los unos a los otros*”.

Queridos sacerdotes, queridos diáconos, religiosos, religiosas y todo el pueblo de Dios, hoy bendecimos los óleos y consagramos el crisma que servirán para ungir a los catecúmenos; para reconfortar a los enfermos y para conferir el bautismo; la confirmación y el orden sagrado; y en esta celebración también vamos a renovar una vez más las promesas sacerdotales, nuestra consagración y servicio a Cristo y a la Iglesia.

Somos “*signo del Cuerpo Místico de Cristo, Pueblo de Dios santo y sacerdotal, ungidos por el Santo Crisma, gracias al Bautismo*”.

Al mirarnos los unos a los otros nos vemos como Iglesia Sinodal en Misión, como nos lo ha dicho el Sínodo de la Sinodalidad: las Parroquias presentes, se sienten piedras vivas del edificio espiritual que es la Iglesia, las comunidades de vida consagrada saborean la gracia de los carismas que el Espíritu del

Señor transformará en servicio amoroso a los más necesitados. Los ministros ordenados, participamos de la misma misión que el Padre encomendó a su Hijo y por eso, en cada misa Crismal, venimos a renovar la misión, a reavivar en nuestros corazones la gracia del Espíritu de Santidad que nuestra Madre la Iglesia nos comunicó por la imposición de las manos. *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió”*.

Queridos hermanos en el sacerdocio: Juntos compartimos el caminar como pueblo amado y querido por el buen Padre Dios. En el discurso inaugural de la sinagoga de Nazaret, Jesús asume con toda claridad y plena conciencia la función de heraldo de la Buena Nueva. Jesús no pudo haber retomado ese pasaje de Isaías (Cf. Is 61,1-2) si no hubiese estado investido de las dos prerrogativas más importantes de la vocación profética: la consagración por parte del Espíritu y la misión para el servicio de la palabra. Desde una aproximación pastoral, se puede afirmar que ninguna misión es posible sin la asistencia del Espíritu Santo. Puesto que la misión de Jesús se origina en el Espíritu Santo.

La referencia a los pobres en el texto no puede quedarse a nivel discursivo, sino debe de llevarnos a realizar una evangelización plena, que denuncia las injusticias que engendran marginación y empobrecimiento. Por ello, como obispo, yo el primero, les digo a ustedes mis hermanos sacerdotes, a religiosos, y laicos, es nuestra obligación recuperar ejes y aspectos muy importantes del ministerio de Jesús preanunciados en la sinagoga de Nazaret.

Solo así la Iglesia podrá recuperar su autoridad moral y su misión transformadora y liberadora que caracterizaron el movimiento de Jesús de Nazaret. Los tiempos actuales exigen un nuevo impulso para la iglesia que está llamada a caminar con los Pobres. Ellos seguirán siendo un gran reto para la Iglesia.

Escuchemos lo que nos dice el libro del Deuteronomio: *“los encontré en una tierra de desierto y estéril de horrible soledad; lo protegió y lo cuidó; y lo guardó como a la niña de sus ojos”* (Dt 32,10).

Cuidar, proteger, guardar, encontrar son verbos que nos hacen un llamado en el texto bíblico, pero también nos llama a acompañar en medio de la soledad, dar y animar la vida donde todo es estéril.

El desierto es lugar de encuentro íntimo con Dios, debemos nosotros ser facilitadores de estos espacios de encuentro, en otras palabras, debemos ser camino y espacio sinodal para que la comunidad viva al Dios Vivo y que lo cuida “*como a la niña de sus ojos*”.

En el encuentro internacional de “*Párrocos por el Sínodo*” dado del 28 al 2 de mayo del 2024- se nos dijo que, el llamado de hoy es sinodal, es caminar con y no que nos sigan, es escuchar no que solo nos escuchen y estar presente en necesario silencio, es cuidar y proteger, es ser iguales en el sentir y vivir. Siendo así como pueblo sentiremos que somos “*la niña de sus ojos*”.



ESTAMOS LLAMADOS A “DAR RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA” (IPE 3, 15).

Confiados en esta “*elección de ser sacerdote*” experimentamos que, la eucaristía es nuestra invitación cotidiana a vivir en esperanza; evoca ese momento de la noche precedente a su muerte, cuando Jesús ha sido abandonado y renegado por sus amigos más cercanos. Todo lo que le esperaba era la tortura y una muerte atroz. En ese momento, el más sombrío, ha realizado el más bello acto de esperanza generosa: este es mi cuerpo entregado por vosotros. Así, cuando perdemos la esperanza, lo mejor que podemos hacer es acercarnos a la eucaristía, el sacramento de la esperanza.

¿Cómo debemos vivir la alegría? ¿Cómo alimentar una esperanza profunda, fundados en la promesa inquebrantable de Dios que ofrece vida y felicidad para sus hijos? llenarnos de Dios y confirmar que el amor “*todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*” (ICo 13, 7).

Tenemos el privilegio de vivir con nuestra gente, ver sus fragilidades, conocer su fe y sentir que ellos nos dan valor, nos dan esperanza para el futuro. Debería haber un pacto de esperanza entre el pueblo y nosotros. En este año jubilar logremos contagiar de alegría y esperanza a todos.

Finalmente, queridos sacerdotes dentro de unos momentos tendremos la gracia de poder renovar esa unción honda con la que fuimos introducidos en el sacerdocio de Cristo para servir con nuestra vida al pueblo santo de Dios. Para acompañar con caridad pastoral a este pueblo repleto de rostros concretos y singulares y conducirlo a Jesús, nuestro único buen Pastor, que entrega la vida por sus ovejas.

Somos parte de este Pueblo por el bautismo y caminamos gozosos con él; por eso nos acompaña en esta liturgia, y se hace presente y vivo en nuestras parroquias y comunidades, en cada sacramento celebrado, y en cada paso de nuestra vida ministerial.

Es también este bendito Pueblo de Dios quien nos moldea, nos enseña y nos hace ser mejores curas. Un pueblo que tiene derecho a no ser dividido y que a veces sufre con paciencia y experimenta en silencio y con dolor nuestras fragilidades, divisiones, protagonismos. Es por este pueblo que no podemos perder de vista una tentación que nos ocurre con el pasar del tiempo y es la tentación de administrar nuestra vocación.



LA TENTACIÓN DE ADMINISTRAR LA VOCACIÓN (DESPUÉS DE LA ORDENACIÓN)

Hay una tentación que no aparece en el seminario. Que no se enseña en los cursos de teología ni se habla de ella en los retiros vocacionales. Llega después. Cuando el óleo ya se ha secado en las manos, cuando la comunidad aplaude y la sotana comienza a pesar con las exigencias del día a día. Es la tentación de administrar la vocación.

El peligro no está solo en la tentación externa del poder, sino en la sutil transformación interna: cuando el sacerdote ya no se siente siervo, sino gerente de lo sagrado, y administra su propia vocación como si fuera una empresa—con metas, eficiencia, posicionamiento y estrategia—es quizás una de las grandes desviaciones del espíritu evangélico. El Evangelio no necesita CEOs del altar, sino testigos del Reino.

Porque se corre el riesgo de profesionalizar lo que por naturaleza es misterio y don. Cuando el sacerdote mide su éxito por la cantidad de likes en redes sociales, por la magnitud de los eventos que organiza o por el acceso que tiene a los círculos de poder, ha dejado de ser pastor para convertirse en operador.

Por eso la vocación no se gestiona, se cuida. No se programa, se escucha. No se monetiza, se entrega. Y cuando eso se olvida, cuando se actúa más como funcionarios de lo sagrado que como servidores del Reino, lo que está en juego no es solo la autenticidad del sacerdocio, sino la credibilidad de toda la Iglesia.

Queridos sacerdotes por experiencia lo sabemos al inicio, de nuestro ministerio el corazón arde. Todo es entrega, deseo de servicio, hambre de Dios. Pero con el tiempo, ese fuego puede empezar a domesticarse.

El sacerdote, cargado de responsabilidades, comienza a organizar su ministerio como quien organiza una empresa: horarios, presupuestos, redes, proyecciones pastorales. Lo urgente se impone sobre lo esencial. La vocación se gestiona. Y poco a poco, sin que nadie lo note, se empieza a vivir más como profesional de lo sagrado que como testigo del Reino.

El riesgo no está en ser ordenado, sino en dejar de ser llamado. En que el “sí” dado a Dios se convierta en una estructura a mantener, en una carrera que exige sostener una imagen, cumplir expectativas y evitar el conflicto.

Administrar la vocación no es malo en sí mismo. Hay que cuidar lo recibido, ser responsables, pensar a largo plazo. Pero cuando la administración desplaza la contemplación, cuando se pierde la gratuidad del servicio y el misterio de la entrega, el ministerio se vuelve mecánico, predecible, sin alma. Y ahí es donde comienza el verdadero cansancio: no el físico, sino el espiritual.

El sacerdote que administra demasiado su vocación corre el riesgo de olvidarse de por qué se enamoró de ella. De quién lo llamó. De lo que prometió. Y entonces, incluso con templos llenos y estructuras bien montadas, puede sentir que algo le falta. Porque el corazón, cuando no se entrega del todo, se resiente.

Hermanos volver al primer amor no es una consigna romántica, es una necesidad espiritual. Desandar la lógica del control para abrazar la lógica del Reino. Dejarse habitar por el Evangelio, no por la agenda. Recordar que el sacerdocio no es una carrera a escalar, sino una vida a derramar.

Gracias, muchas gracias, queridos hermanos sacerdotes por vuestra generosa entrega a la tarea pastoral, por vuestra disponibilidad permanente al servicio de la Iglesia diocesana, por vuestra fidelidad en medio de no pocos vientos contrarios. También por vuestro sacrificio y paciencia porque no siempre sabemos acertar. Gracias de corazón por vuestra respuesta siempre ilusionada y en esperanza, por entender que estáis al servicio de una misión que es mucho más que un trabajo profesional y con horarios de oficina.

Gracias muy especiales a cuantos no renuncian a ser constructores de unidad y comunión diocesana en nuestro presbiterio. Gracias a vuestras comunidades que diocesanamamente los sostienen desde la identidad bautismal. Permitidme que mis últimas palabras sean de oración también por los que han fallecido durante este último año P. Juan Rooney que hoy depositaremos su ceniza en esta Catedral, hoy también un recuerdo agradecido a los hermanos sacerdotes que por los achaques propios de su edad o por la enfermedad no pueden acompañarnos en esta celebración, P. Patricio, P. Denzil, Vicente. *“¡Qué bien hace en la Iglesia un sacerdote que irradia serenidad interior, alegría pascual y esperanza incommovible!”* (Id.)



LOS 15 AÑOS COMO ARZOBISPO

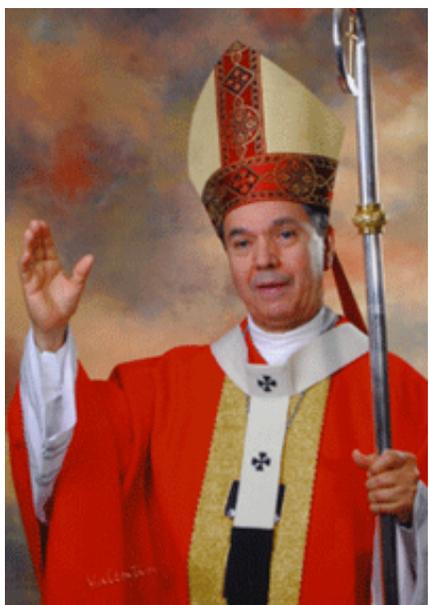
A 21 años un 17 de abril del 2004 cuando fui consagrado Obispo Auxiliar por Mons. Jose Dimas Cedeño Delgado y a 15 años también un 17 de abril del 2010 cuando asumí como Arzobispo de Panamá. Hoy quiero hablarles desde el corazón, con la conciencia de lo que significa llevar sobre los hombros el ministerio episcopal.

Ser obispo no es un privilegio, ni un honor que se disfruta desde la comodidad. Es, ante todo, una misión difícil: la de desgastar la vida sirviendo, acompañando, animando y, muchas veces, sufriendo con el pueblo de Dios.

No vine a esta misión a buscar aplausos, ni seguridades humanas. Vine — como muchos otros pastores— a caminar con ustedes, a compartir sus alegrías y sus dolores, a sostener la esperanza cuando parece desvanecerse. Y sí, muchas veces eso significa cansarse, exponerse, ser criticado, llorar en silencio... pero siempre seguir amando. Por eso hoy al sentimiento de gratitud se junta uno de serena tristeza por lo que haya hecho mal, en mi calidad de cristiano, de sacerdote, por los malos ejemplos que haya podido dar y por el bien que pude haber hecho y que por decidía o tibieza no hice. Por mis pecados de omisión pido humildemente perdón a dios y a las personas que haya podido dañar u ofender aun sin darme cuenta.

Hoy quiero volver a reiterarles: No quiero guardar mi vida, quiero entregarla. No quiero conservar fuerzas, quiero gastarlas por Cristo y por ustedes. Como obispo soy consciente que no estoy por encima del pueblo: mi misión es caminar con él. A veces adelante, para guiar; a veces en medio, para animar; y muchas veces atrás, para recoger al que se ha quedado.

Por eso hoy les suplico, sigan rezando por mí y por todos los sacerdotes. No para que seamos admirados, sino para que seamos fieles. Que nunca falte en nosotros el corazón del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas.



BODAS DE ORO EPISCOPAL DE MONSEÑOR CEDEÑO DELGADO

Con profunda gratitud y reconocimiento, elevamos nuestra acción de gracias a Dios por los 50 años de episcopado de Monseñor José Dimas Cedeño Delgado, Arzobispo Emérito de Panamá. Su fecundo ministerio pastoral ha sido signo de entrega generosa, sabiduría evangélica y amor inquebrantable a la Iglesia. A lo largo de estas cinco décadas, ha sembrado con firmeza la Palabra, guiado al Pueblo de Dios con espíritu de pastor y ha sido referente de unidad, servicio y fe. Su legado permanece vivo en el corazón de

quienes hemos sido testigos de su testimonio y cercanía. ¡Gracias, monseñor José Dimas, por su vida ofrecida con amor al Señor y a su Iglesia! Gracias por los 96 sacerdotes ordenados, 23 sacerdotes en Santiago, 43 en la Arquidiócesis, 30 religiosos, además de haber consagrado 3 Obispos, gracias por las más de 18,263 eucaristías celebradas.

Los esperamos en su celebración el sábado 17 de mayo a las 10.00 a.m. en su querido Peña Blanca.

Que Santa María de la Antigua, Madre de esta Iglesia nos siga abrazando con ternura para que juntos sigamos abriendo “*los caminos de la nueva Evangelización, marcada por la alegría*” (EG. 1).